

## Los Jardines de resistencia de Andrea Lería

Por\_ Josefina de la Maza  
Investigadora CIAH, Universidad Mayor

Un jardín es, en su acepción más básica, un terreno en el que se cultivan plantas ornamentales. Es un espacio que invita a disfrutar a través de la vista, el olfato y el tacto; que induce a la calma, a un andar lento, y a conectarse con una naturaleza controlada por la mano de su cuidador. Al ser un espacio privilegiado de encuentro, el jardín ha sido, a lo largo de la historia del arte y de la literatura, un motivo central. Por ejemplo, el jardín amurallado ha simbolizado la protección de lo femenino; es una metáfora del alma y su mantención y cuidado equivalen a los procesos místicos y espirituales necesarios para alcanzar la iluminación. El jardín tiene, desde un punto de vista iconográfico y simbólico, una larga tradición que cruza y vincula a diversas culturas y espiritualidades.

El punto de partida de la primera exposición de **Andrea Lería** (1980) en la **Galería Patricia Ready** es el motivo del jardín. Esta muestra se inscribe en un proceso de trabajo más amplio, en el cual el jardín —o, en su defecto, el paisaje— se ha mantenido como una presencia constante. «Jardín Ceniza» (2016) en Spai M en Barcelona o «Paisaje de Cristal» en la Galería Madhaus (2018) en Santiago son ejemplos de ello. Sin embargo, la noción de jardín que le da sentido a las obras y exposiciones de Lería no es necesariamente la descrita al comienzo de este texto. Podríamos decir, de hecho, que la artista trabaja a contrapelo de lo ornamental, de lo decorativo, del disfrute sensorial. Los jardines de Lería son, si parafraseamos el título de la muestra, jardines de resistencia.

La primera pregunta que surge a partir del título de la exposición es ¿resistencia a qué? Si aventuramos una respuesta amplia, una que permita ir conociendo la obra y los recorridos conceptuales, pero también personales y afectivos de Lería, podríamos decir: resistencia a lo establecido, pero, sobre todo, resistencia a pensar los lugares comunes que por lo general se atribuyen a las mujeres al interior de la familia y sus espacios de domesticidad. El ejercicio con el que la artista inicia sus procesos de trabajo es uno que ella denomina “excavaciones familiares”: limpiar el terreno y remover la tierra, asumiendo el movimiento que éste genera como si fuese una labor arqueológica. Levantando y despejando capas de significado, Lería revela y resignifica historias pasadas.

Las “excavaciones familiares” de Andrea Lería comenzaron hace un tiempo, cuando la artista volvió a vivir a España y se reencontró con su historia familiar materna después de haber pasado un periodo largo, que abarcó su niñez y adolescencia, en Chile e Inglaterra. En Barcelona, donde se encontraba la casa de su abuela materna, una mujer de la burguesía catalana, Lería se enfrentó a su propia historia a través de los rastros visibles de vidas pasadas: objetos, fotografías, cartas, postales, documentos, revistas de ganchillo, fotografías, y material de súper 8. Como ella misma ha comentado, estos primeros encuentros le trajeron oleadas de recuerdos de su propia infancia y, paulatinamente, su mirada sobre el pasado y sobre sus vestigios materiales cambió. En ese movimiento gradual pasó de observar el pasado y de entender la memoria de un modo superficial y estético a evaluar el pasado y el modo en que nos relacionamos con él como un acto político, como un modo de habitar el mundo, como un proceso complejo en el que se remecen los cimientos de las historias privadas y públicas. Las palabras de la artista son significativas al respecto: “De un tiempo a esta parte, he indagado en el archivo familiar explorando formas de coleccionar, listar, anotar, grabar, fotografiar y retener todo lo que se puede ir sin dejar rastro. De esta manera, cual arqueóloga, he buscado profundizar en los conceptos de memoria, identidad y reapropiación, tensionando el micro-relato biográfico y los grandes relatos de la historia. Esto, como un intento de reconstruir poéticamente una biografía imaginada, poniendo en valor la oralidad, relatos migratorios, el archivo y la acumulación de objetos”. Sus “excavaciones familiares”, que no son sino un modo de hacer sentido en y con el mundo, la empujaron a pensar el archivo familiar —y por extensión, cual-

Material de archivo familiar.





«Silenciada», 2019.  
Moviola modificada, video  
found footage, sin sonido, 3'  
13 seg loop.  
36 x 26 x 27 cm.



Serie: «Jardín de resistencia  
-testimonio- 2021».  
Óleo y resina sobre tablero  
de fibra.  
1 libro antiguo y una carta  
triturada, archivo familiar.  
69 x 50 cm.

quier archivo— como lugares en disputa donde se actualiza la historia a partir de la destrucción y resignificación de sus elementos. Aquí, entonces, despejamos una nueva capa de significado asociado al título de la exposición: la resistencia a la que apunta Lería es también, tras la muerte de un familiar, la sobrevivencia material de conjuntos de objetos e imágenes que no fueron pensados para ser leídos por otros, porque “¿qué derivas e historias podemos recomponer desde el encuentro con estos archivos?”, se pregunta la artista. Es esa resistencia, sin embargo, la que le permite descubrir su propio lugar en el mundo. Mellar la resistencia, volver sobre los pasos de los muertos, contraponer los recuerdos de la infancia con las memorias de otros y reconocerse (o no) en las historias de los antepasados, son estrategias de vida que contribuyen, como dice Lería, a pensar el modo en que se habita “una identidad fracturada por los desplazamientos”.

El punto central de esta exposición —el punto de inflexión de la “excavación familiar” de «Jardines de Resistencia»— es el hallazgo de una carta que la abuela de la artista escribió y que fue encontrada al interior de un libro antiguo dos años después de su muerte. Para Lería, esa carta era una biografía inconclusa donde lo que se ponía en evidencia era lo no resuelto y lo no dicho. En vez de fetichizar la carta y revelar los secretos familiares en una operación habitual al interior del arte contemporáneo, Lería la destruye y la convierte en obra. Su título es «**Testimonio**». Triturando de modo obsesivo y meticuloso la misiva, el resultado de esa manipulación cubre un retrato pintado de la abuela, basado en una fotografía antigua. La serie en la que se encuentra esta obra recibe el mismo título de la exposición: «Jardines de resistencia». Según señala Lería: “En términos conceptuales y poéticos, esta obra pretende explorar otras formas de habitar esos archivos, materiales y objetos que cobijan nuestra memoria biográfica, trazando una bitácora imaginada para interpelar la relación que existe entre el sujeto, sus recuerdos y los paisajes interiores que nos configuran. «Jardines de resistencia» es una obra que dibuja sus límites en un ‘jardín de archivo’ a partir de la relación entre la acción (destruir los documentos) y la obra (dibujo). Un ejercicio de activación de la memoria, hilos invisibles, de aquello que no vemos y que se insinúa a través del vestigio; la obra como un testigo mudo. Un intento de dejar huella, de registrar y archivar aquello que, en la vida de cada uno, puede ser significativo”.

«Testimonio» se activa a su vez con otra pieza de la exposición, una frase que imita la escritura manuscrita de la abuela de Lería en neón rosa. El texto reza: “No puedo querer a nadie”. Esa frase fue extraída de la carta destruida de la abuela y a nosotros, los espectadores, nos llega como si esas palabras fueran la punta de un iceberg, como la promesa de una historia que, claramente, pondrá en cuestión los modos en que entendemos los roles de las mujeres en la familia. Como si fuera un jardín, entonces, Andrea Lería trabaja su historia personal y, de paso, mira de soslayo la historia colectiva. Como dice Marc Augé, el etnólogo, antropólogo y sociólogo francés— a quien Lería ha leído detenidamente: “Recordar u olvidar es hacer una labor de jardinero: seleccionar, podar. Los recuerdos son como las plantas: hay algunos que deben eliminarse rápidamente para ayudar al resto a desarrollarse, a transformarse, a florecer”. 🌱